

# Ágora del pensamiento

## Sobre la Filosofía en la comunidad educativa

Jorge Casesmeiro

Desafía a un grupo de quinceañeros a hacer una redacción sobre el sentido de la vida. Te devolverán faltas de ortografía, chascarrillos y alguna *boutade*. Pero también destellos de inteligencia y hasta conatos de una sabiduría ya hollada por grandes mentes; por aquí, algo de Nietzsche; allí, sin embargo, ecos de Heidegger; habrá estoicos, epicúreos y hasta posestructuralistas; Platón diría que están empezando a recordar.

Sea como fuere, nuestra capacidad de asombro por la belleza del mundo –fascinación de los sentidos– es indisoluble del asombro por ser y saberse su habitante –fascinación de la pregunta–. Asombro y admiración de que se existe, escribió el fallecido Eugenio Trías: «Porque lo asombroso es existir» (*La razón fronteriza*, 1999). Y es *asombroso*, continuaba, porque esa comprobación suscita una *extrañeza* que trueca la admiración por un interrogante que inaugura la *pregunta* filosófica por antonomasia: la que busca la razón de ese existir. La filosofía, apuntaba Trías, se abreva de esta particular especie de emoción.

Leo y pienso todo esto en la nueva Biblioteca Popular Municipal Eugenio Trías, inaugurada ya en la antigua Casa de Fieras del Parque del Retiro. Obra discreta y bien integrada en los jardines, sugiere una estética del límite que Trías habría apreciado. Es un hermoso homenaje madrileño al filósofo catalán. Sin embargo, el goce de mi *asombro* ante este símbolo colisiona con una inevitable *extrañeza* por el precario destino que la nueva ley orgánica de educación (LOMCE) depara a la Filosofía en el currículum escolar. Y me *pregunto*, extremando el caso: ¿Qué carencias, qué consecuencias para la formación de la inteligencia y de la personalidad se derivan de una formación sin Filosofía?

Puede que la Filosofía no sea el único marco para la enseñanza del pensamiento. Pero cabe recordar que cumple una especial misión en la comunidad educativa, en la medida en que esta también es una comunidad filosófica, un ágora del pensamiento. Y como recordaba el profesor Matthew Lipman, pionero de una interesante didáctica de la filosofía para niños inspirada en Dewey: «Tanto de la ciencia como de la literatura pueden extraerse valores humanísticos válidos para la práctica educativa. Pero mientras literatura resulta excesivamente

dispersa y diversificada para servir como fragua de la educación del pensamiento, la ciencia en cambio es excesivamente reductiva y unificada. En cambio la filosofía, precisamente por su rigor lógico y su potente flexibilidad, es una candidata más idónea para la enseñanza del pensamiento» (*Pensamiento complejo y educación*, 1997).

Seguramente, la Filosofía escolar española –como tantas otras disciplinas– anda necesitada de una profunda renovación pedagógica: menos bacanal de contenidos y más didáctica orientada a competencias. Coyuntura idónea para un encuentro interdisciplinar y hasta ecuménico entre todas las Ciencias de la Educación, troncales y auxiliares, desde el que ahormar conjuntamente una filosofía pedagógica a la altura de los retos que impone la agenda de nuestro tiempo.

En España, se lamentaba Trías: «No hay un reconocimiento institucional ni público suficiente respecto a la filosofía como tal (...), siempre se la ha menospreciado» (*La filosofía del límite. Debate con Eugenio Trías*, 2005). Lacerante menosprecio que comparte con la Pedagogía y la Educación en general.

Pero el diagnóstico queda esbozado y el reto aguarda. Salgo ahora de la nueva Biblioteca. Y mientras me interno en la fronda del parque recuerdo –cito de memoria– una de Cicerón: «Si junto a la biblioteca tienes un jardín, ya no te faltará nada». Mientras no falten, claro está, hombres pertrechados para lidiar con el asombro, la *extrañeza* y las preguntas fundamentales.



Asesoría y Talleres: 91 447 14 00  
(preguntar por D<sup>a</sup> Adelia Díaz)



Buzón de sugerencias  
[asesoriapedagogica@cdlmadrid.org](mailto:asesoriapedagogica@cdlmadrid.org)